

Bosoer, Fabián (noviembre 2004). *El neoconservadurismo en EE.UU. : Las fuentes intelectuales de la guerra global*. En: Encrucijadas, no. 28. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubas.sisbi.uba.ar>>

El neoconservadurismo en EE.UU.

Las fuentes intelectuales de la guerra global

Uno de los aspectos más novedosos de la reacción bélica tras los atentados terroristas es que la guerra, la ocupación territorial y el dominio de los recursos naturales desplazaron a la negociación de la agenda política internacional. La búsqueda del orden mundial mediante el despliegue del poder militar y tecnológico es el principal triunfo de los intelectuales neoconservadores de los Estados Unidos, llegados a la cumbre junto con el presidente George W. Bush, a comienzos de 2001. Los atentados a las Torres Gemelas dieron a este grupo de intelectuales la excusa perfecta para iniciar el mayor golpe de timón de la diplomacia de Washington del último siglo y, por añadidura, marcar el paso de la política planetaria. En las raíces de esta verdadera revolución intelectual del pensamiento estratégico hay una combinación de las ideas de Carl Schmitt, Ernst Junger y Leo Strauss, que sustentan la conformación de un Estado autoritario con ciudadanos guerreros, cohesionados por la constante batalla contra enemigos externos.

FABIÁN BOSOER

Politólogo. Profesor asociado a cargo de la materia Teorías del Estado y la Planificación, Carrera de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, UBA

Uno de los aspectos más elusivos, dentro de la abundancia interpretativa y los sacudones intelectuales, políticos, culturales y existenciales provocados por la guerra en Irak a lo largo de este último año, ha sido el tremendo hecho –y las repercusiones– de que el epicentro de la política internacional se haya desplazado de tal modo de la exposición y tratamiento de la agenda de los problemas globales, y sus especificidades nacionales y regionales, para regresar al teatro de la lucha militar más cruenta por la ocupación territorial, el control de los espacios y el dominio de los recursos.

La asunción del poder militar y tecnológico y el retorno de la geopolítica de poder como realidades ordenadoras –y al mismo tiempo, como principales fuentes de riesgos y amenazas– son el mayor “logro” de los intelectuales neoconservadores que impusieron el mayor cambio en la política exterior norteamericana del último siglo y que marcaron el paso de la política mundial desde la llegada al poder de George W. Bush, en enero de 2001, hasta quedar atrapados en el fangoso escenario, que ellos mismos construyeron, de la debacle iraquí de 2003–2004.

Días después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, el analista Robert Kaplan lo anticipó de manera temeraria al plantear que la política internacional volvería a ser, a partir de entonces, “lo que fue tradicionalmente: el aspecto diplomático de la seguridad nacional en lugar de un conjunto de estudios sobre el Holocausto”. “Ya no podemos darnos el lujo del comportamiento honorable en política exterior –continuaba Kaplan–, ahora que la presunción de seguridad nacional ya no existe (...) La necesidad de mantener el poder y la seguridad deben venir primero. Nuestros valores vendrán después” (The Washington Post, 23/9/01). Lo que se desplegaría a partir de entonces, y ya antes estaba gestándose, era una implacable, sistemática y progresiva marcha hacia la restauración de la geopolítica tradicional de las políticas de poder, pero colocada bajo un contexto inédito, el del desequilibrio permanente y del riesgo de colapsos sistémicos

inminentes. Charles Krauthammer, otro realista conservador de la nueva camada, describía dicho contexto como el de una aceleración e intensificación de la unipolaridad al mismo tiempo que de un aumento del riesgo de guerras y proliferación de “Estados villanos” y redes terroristas, con la posible utilización de armas de destrucción masiva: “Éste no es un riesgo trivial –escribía Krauthammer revisando en 2002 sus pronósticos de una década atrás sobre la entrada en una indiscutida e imbatible “era unipolar”–, es el peligro más serio que enfrenta Estados Unidos, porque, a pesar de toda su dominación y de toda su flexibilidad, existe una cosa a la que podría no sobrevivir: el decapitamiento...” (“The unipolar moment revisited”, *The National Interest*, winter 2002/2003)

Tras el fatídico 11 de septiembre de 2001, el presidente Bush terminó de compenetrarse con esta visión de que había que “sacar la guerra afuera”, adaptar el establishment militar a los nuevos tipos de amenazas y desplegar ‘urbi et orbi’ el poderío estadounidense amenazado por la entropía sistémica. Lo sintetizó sin eufemismos en cada intervención pública, estampando las frases memorables: “Vivimos en un mundo peligroso, lleno de gente que nos odia”, “no hay opciones: se está con nosotros o se está con los terroristas”, “debemos enfrentar al eje del mal”, etc. Dos años después, en su discurso prebélico del 17 de marzo de 2003, dijo otra frase que encerraba este mensaje revelador: “Dejamos de marchar a la deriva hacia la tragedia para poner rumbo a la seguridad”. Y añadió, sin tener presente seguramente la implicancia filosófica nietzscheana de su alocución mediática: “No se trata de una cuestión de autoridad sino de voluntad”. El significado lo explicó poco después otro de los arquitectos de la estrategia neoimperial, el analista y ensayista conservador Robert Kagan, en un diálogo con Daniel Cohn-Bendit, uno de los líderes carismáticos del Mayo '68 francés: “Estados Unidos ejerce el poder en un mundo hobbesiano en el que todos luchan contra todos y no se pueden fiar de reglas internacionales ni del derecho internacional público” (“Kagan: ‘EE.UU. sabe lo que quiere; Europa, no’. Cohn-Bendit: ‘Los americanos están aislados’”, *El País de Madrid*, 23/3/03). Los secretarios Donald Rumsfeld y Colin Powell –convencido el primero, arrastrado el segundo–, con la asistencia del luego despedido jefe de asesores del Pentágono Richard Perle, volvieron sobre la cuestión, pretendiendo empujar un trecho más a las Naciones Unidas al desván de trastos viejos donde yacen la Liga de las Naciones y las instituciones de “la vieja Europa”. “Solo nos quedan las coaliciones de los países dispuestos a intervenir –escribió Perle cuando aún ocupaba el alto cargo en la administración republicana–, debemos reconocer que son, a falta de algo mejor, la mayor esperanza de ese nuevo orden mundial, y la verdadera alternativa a la anarquía del lamentable fracaso de la ONU” (“Thank God for the death of the UN”, *The Guardian*, 21/3/03).

Comenzó a verse entonces cómo los “halcones” que gobernaban la superpotencia mundial parecían haber encontrado la fórmula superadora de la vieja e irresuelta contradicción de la política exterior norteamericana entre el autoaislamiento defensivo de las políticas realistas del “interés nacional” y el idealismo intervencionista que le asignaba a aquel país un ineludible “destino manifiesto” como faro de la libertad en el mundo. El hiperrealismo ofensivo de los nuevos neoconservadores globalistas se nutría de los elementos tradicionales del “main stream” de la diplomacia estadounidense: la doctrina Monroe y su corolario rooseveltiano (la defensa de sus intereses estratégicos en el mundo asociada a los principios liberales en que se asientan estos intereses), la evangelización secular de la democracia y el libremercado, la “realpolitik” del equilibrio de poder. Pero sus ambiciones iban mucho más allá.

¿Un nuevo “nomos” de la Tierra?

Esta concepción rehabilitó al pensamiento imperialista norteamericano de principios de siglo XX, el de los “neohamiltonianos”, representados por la política del “gran garrote” de

Theodore Roosevelt (1901-1909), aunque haya quienes quisieron ver en ella también una reivindicación del internacionalismo liberal “wilsoniano”, en referencia a la política exterior del presidente Woodrow Wilson (1913-1921).

Pero lo que representó una auténtica novedad de este nuevo unilateralismo del siglo XXI no fue solamente cómo se desprendió sin ambigüedades de la influencia liberal de Immanuel Kant –la “paz perpetua” basada en la autolimitación de la fuerza de los poderosos y la sujeción a una ley internacional, la confianza en el poder civilizador de la razón y del consenso social–. Lo que resulta verdaderamente sorprendente es cómo lograron injertarle en su lugar, aun sin haberlas leído, las teorías de Carl Schmitt (1888-1985): la realización del “decisionismo” –la encarnación de una acción política independiente de los postulados normativos–, la identificación del enemigo como esencia de la decisión política, y la doctrina de los grandes espacios geopolíticos –el control de los recursos estratégicos vitales, la toma de la tierra y de los mares en un nuevo “nomos de la Tierra”– como motor de la estrategia global que define los alcances de la guerra y de la paz, del miedo y la seguridad, del orden y el desorden, del bien y del mal.

Señala Ian Buruma que “la idea de que el liberalismo es mediocre, antiheroico y carente de vigor marcial es un viejo grito de batalla de la derecha europea antiliberal. Es esto lo que despreciaban figuras dispares como Ernst Junger, Carl Schmitt, el eminente jurista que justificó el Estado nazi, y también el pensamiento de Leo Strauss” (The New York Review of Books, mayo 1, 2003). Schmitt y Junger simpatizaban con la idea de un Estado autoritario de ciudadanos guerreros heroicos, unidos en una constante batalla contra enemigos externos. Leo Strauss (1889-1973), invocado como principal referente teórico de los neoconservadores actuales, fue un refugiado del nazismo, pero sin embargo, en una carta a Schmitt, que había sido su profesor y gracias a quien obtiene una beca de la Fundación Rockefeller para marchar a Francia y afincarse, luego, en Estados Unidos, le expresa similares ideas: “Un pueblo sólo puede estar unido contra otros pueblos”.

Esta simbiosis “schmittiana” constituye una verdadera revolución intelectual en el pensamiento estratégico de la república imperial americana. El teórico del expansionismo alemán, crítico demolidor de las instituciones liberales, nacionales e internacionales, había pronunciado 60 años atrás, en junio de 1943, una conferencia en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid, titulada “Cambio de estructura del Derecho Internacional”, que bien podría haber inspirado a los mentores del ultraconservador “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” (1997), y a la nueva Estrategia de Seguridad Nacional aprobada en septiembre de 2002 (Dato anecdótico: el director de aquel think tank se llama curiosamente Gary Schmitt).

“Se lucha hoy en toda la Tierra por un orden de la tierra toda”, comenzaba diciendo entonces, con toque marcial, el jurista alemán que había abierto las puertas filosóficas del nacional-socialismo en su ascenso al poder total. Y continuaba: “La guerra se ha tornado planetaria: su sentido y su objetivo son nada menos que el ‘nomos’ de nuestro planeta”. Ese “nomos”, u orden, al que aludía no era ya la serie de reglas y convenios internacionales sino “el principio fundamental de la distribución del espacio terrestre: la toma de la tierra y de los mares”. El ‘nomos’ refiere a la posesión original de la Tierra como acto fundador del orden jurídico y no al revés, como lo entendían los juristas y políticos liberales y positivistas.

La “toma de la tierra” por parte de los hombres es un acontecimiento histórico; el

momento en que el hombre ejerce su primera relación con el espacio terrestre, que es condición de toda posterior relación entre los hombres, condición de la sociabilidad humana. Este mismo acontecimiento histórico originario sigue teniendo lugar de diversas formas hasta nuestros días, por asentamientos debidos a conquistas o migraciones o por una decisión política en la defensa de un país frente a un enemigo. En ello radica la esencia de lo político: sólo desde la toma global de la tierra por parte del hombre, o de los pueblos, han de ser entendidos la propiedad, la economía, el derecho internacional y el concepto de lo político.

Schmitt entendía a la política como “la más intensa y extrema forma de antagonismo” y a la guerra, como proyección última de la política, que se había tornado absoluta y global. Ello significaba que la naturaleza de los conflictos tendería a borrar las fronteras geográficas y las diferencias entre civiles y militares, al tiempo que la “criminalización” del enemigo llevaría a la inoperancia de toda norma o acuerdo que acotara los alcances de la violencia. Por el contrario, como comenta Etienne Balibar, “en la idea de una contra-violencia preventiva ejercida por el Estado para preservar a los seres humanos de su propia destructividad [N. del A.: Compárese esta definición con la justificación de la “guerra preventiva” enunciada por la Administración Bush], Schmitt sólo pudo reconocer lo esencial de lo que más tarde llamará, en términos teológicos, el ‘katechon’, el poder que ‘retarda’ o ‘retiene’ la venida del Anticristo y, por consiguiente, la confrontación entre las fuerzas del Bien y del Mal...” (Bergalli y Martyniuk, 2003).

El argumento schmittiano de principios de la década de 1940 tenía el propósito de desnudar el modo en que el choque entre concepciones imperiales de potencias emergentes, totalitarismos y grandes regímenes de masas enfrentados –y Schmitt participaba abiertamente del lado de la Alemania nazi– había demolido un sistema de equilibrios europeo basado en la confrontación y coexistencia entre grandes poderes enfrentados.

De aquella hoguera mundial surgió otro sistema de equilibrios –el del orden bipolar de la Guerra Fría y la igualdad jurídica de los Estados– que estuvo vigente hasta hace poco menos de una década y media; y el dominio académico de la “escuela realista”, cuyo principal exponente será Hans Morgenthau, así como la tarea de los “hacedores de política” (policy makers) como Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski, que interpretaron ese mundo bipolar como una extensión planetaria de los equilibrios europeos del siglo XIX, establecidos por Bismarck y Metternich bajo la “Pax britannica”.

Pero si aquel realismo de posguerra implicaba una alianza entre el conservadurismo –preocupado por el poder militar e inclinado al unilateralismo– y el liberalismo –preocupado por el “poder blando” de la diplomacia e inclinado al multilateralismo–, el realismo neoconservador globalista representa una ruptura y un ajuste de cuentas con el componente liberal, también a la manera “schmittiana”.

Schmitt había sobrevivido inquebrantable a la derrota del proyecto pangermánico, en 1945, y regresa dos décadas más tarde a la España franquista para dictar en la misma institución académica de Madrid otra conferencia. Es presentado por su director y discípulo Manuel Fraga Iribarne (fundador años más tarde del partido que, de la mano de su heredero político, José María Aznar, terminaría llevando a España a acompañar a los EE.UU. en su cruzada militar “occidentalista y cristiana” en Irak).

Corría marzo de 1962, días en los que la confrontación Este-Oeste alcanzaba picos de tensión, y Schmitt expone ante ese auditorio sobre “El orden planetario después de la Segunda Guerra Mundial”. Retoma entonces la misma cuestión: “La expresión ‘nomos de la Tierra’ tiene el sentido de llamar la atención sobre el hecho de una nueva toma y distribución de la tierra en su realidad concreta... más allá de ficciones normativistas”. Se refiere en el primer caso al alcance ilimitado y global del poder de los Estados Unidos y, en el segundo caso, unas “Naciones Unidas que no constituyen nada, (apenas) un mero reflejo del desorden existente (ya que) los verdaderos problemas no se solucionan con discusiones”.

Por la misma época, Schmitt profundiza su análisis sobre las nuevas formas de la guerra de guerrillas y escribe la “Teoría del Partisano” (1962), una anticipada fundamentación ideológica del terrorismo de Estado –la guerra contrarrevolucionaria– (aunque sólo se tratara de una explicación cruda de su naturaleza) como método para combatir al “enemigo interno”: “El partisano moderno no espera del enemigo ni derecho ni piedad. Él se ha colocado fuera de la enemistad convencional de la guerra controlada y circunscripta, transfiriéndose a otra dimensión: la de la enemistad real que, mediante el terror y las medidas antiterroristas, crece continuamente hasta la destrucción recíproca”. Aquel texto concluye de este modo, cerrando una parábola: “El teórico no puede hacer más que conservar los conceptos y llamar a las cosas con su nombre real. La teoría del partisano [N. del A.: llamémosla aquí “teoría del terrorista] desemboca en el concepto de lo político, en la pregunta sobre quién es el enemigo real y en un nuevo nomos de la Tierra”.

También por aquel entonces el célebre senador estadounidense William Fullbright, que poco conocía de Schmitt pero mucho de sus colegas más reaccionarios, advertía en la sesión de apertura de la Escuela de Guerra, en agosto de 1961, que “el atractivo de determinadas ideas que patrocinan los extremistas de la derecha no es difícil de apreciar. A una nación que enfrenta enormes responsabilidades y amenazas, le ofrecen soluciones engañosamente expeditivas y sencillas”.

Cuarenta años más tarde, los fantasmas de aquellos debates se posaron sobre los centros neurálgicos del poder mundial en Washington para desatar una conjura de fuerzas que volvió a poner en marcha la rueda trituradora de la guerra y, con ella, una reflexión filosófica más profunda sobre la guerra, la paz y la política. La apreciación de G. John Ikenberry, internacionalista de la Universidad de Georgetown que escribe en el último número de la influyente revista *Survival*, del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres (IISS, primavera 2004), es contundente: “Es difícil encontrar otro instante de la historia diplomática norteamericana en el cual una orientación estratégica equivocada haya provocado tanto daño a la posición internacional de este país –su prestigio, credibilidad– en tan corto tiempo y con tan poco para mostrar a cambio”.

Aunque el proyecto imperial de los neoconservadores haya naufragado en la guerra de Irak, sus efectos revulsivos seguirán repercutiendo durante un buen tiempo, hasta tanto no surja un pensamiento estratégico en condiciones de responder de otro modo a sus dilemas cruciales. ¿Es posible pensar en una “revolución democrática global” –una confluencia entre el multilateralismo intergubernamental, la integración de espacios económicos regionales, el desarrollo de las sociedades civiles y los procesos políticos transnacionales– que confronte con la perspectiva que ofrece el “cruzadismo” fundamentalista, de proliferación y privatización de conflictos armados, violencia criminal, terrorismo y contraterrorismo y territorios “securitizados”, prevista y alentada por los

geopolíticos neoconservadores?

Tener presente esta reconfiguración del escenario internacional, y de sus modos de pensarlo, significa también entender que cada política exterior de cada país, más allá de su mayor o menor relevancia estratégica, se encontrarán involucradas en algún tipo de intervención –o de no intervención– que contribuirá a reconstruir instituciones nacionales e internacionales o a desmantelarlas, a permitir que se edifiquen o contribuir a su colapso para desdicha de sus pueblos, en vastas regiones del mundo. También en la nuestra, por cierto.

Bibliografía

- Balibar, E., “El Hobbes de Schmitt, el Schmitt de Hobbes”; en Bergalli, R. y Martyniuk, C., Filosofía, política, derecho. Homenaje a E. Marí, Prometeo, Bs. As., 2003.
- Barry, Tom. El complejo de poder en los EE.UU., 11/2002 y The Right’s Architecture of Power, 4/2004. En www.americaspolicys.org
- Galli, Carlo. La guerra globale, Laterza, Roma, 2002.
- Golub, Philip, “Les dynamiques du désordre mondial. Tentation impériale”, Le Monde Diplomatique, sept. 2002. (www.monde-diplomatique.fr)
- Herrero López, Montserrat, El nomos y lo político: la filosofía política de Carl Schmitt, Ediciones Universidad de Navarra (Eunsa), Navarra, 1997.
- Ikenberry, John G., “The end of the neo-conservative moment”, Survival, Vol. 46, Nº 1, London, 2004.
- Joxe, Alain. El imperio del caos. Las repúblicas frente a la dominación estadounidense en la posguerra fría, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.
- Orozco, José Luis, De teólogos, pragmáticos y geopolíticos. Aproximación al globalismo norteamericano, Ed. Gedisa-Univ. Autónoma de México. Barcelona, 2001.
- Schmitt, Carl, El Nomos de la Tierra en el Derecho de Gentes del Jus Publicum Europeo, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1979.
- Schmitt, Carl, Teoría del partisano. Notas complementarias al concepto de lo político, en “El Concepto de lo Político”, Folios, Bs. As., 1984.
- Schmitt, Carl. Escritos de política mundial, Ed. Heracles, Bs. As., 1995.
- Tokatlian, Juan Gabriel, Hacia una nueva estrategia internacional, Ed. Norma, Bs. As., 2004.
- www.rightweb.irc-online.org
- Wolfe, Alan, “A Fascist Philosopher helps us understand contemporary politics”, The Chronicle Review. April 2, 2004. www.chronicle.com